

Puntos 2. Anunciación y Visitación.

Texto para la oración:

- *Lc 1,26-56.*

Hoy vamos a dedicarnos a contemplar dos misterios esenciales en la vida de Nazaret. Después de haber meditado cuál es el Principio y Fundamento de nuestra vida, contemplamos la vida del Señor.

San Ignacio dedica un tiempo largo para contemplar los **misterios de la vida del Señor**: la mayor parte de los Ejercicios son una contemplación de los momentos esenciales de la existencia de Cristo, para poder conformar nuestra vida a la suya. El centro de nuestros Ejercicios, por tanto, será la vida oculta del Señor. Nos puede venir muy bien, ya que estamos en una época en la que nos hemos encontrado duramente con nuestra vida oculta, en el confinamiento y en esta nueva situación de “pseudoconfinamiento”. Es un tiempo en el que Nazaret nos puede ayudar a fortalecer la actitudes de la Sagrada Familia en nuestro día a día, y a recuperar la esperanza para poder comunicarla a los demás.

La Anunciación

La contemplación de la anunciación, de la encarnación del Señor, nos ayuda a comprender **quién es Dios**, y cómo se presenta no solo en la historia de la humanidad, sino también en nuestra propia vida. Es la historia de un abajamiento, de un despojamiento. El Señor que nos pide libertad para Él, nos responde primero, dándose entero. La historia de la Salvación es una historia de **vaciamiento**. Nosotros estamos muy acostumbrados, pero... en realidad es sorprendente: la Encarnación es muy sorprendente. Tenemos que dejarnos llevar por la novedad de este acontecimiento: contemplarlo como si nunca lo hubiéramos visto. Como María en aquel momento.

Dios se mezcla con la historia de la humanidad, y elige a una muchacha de una población perdida de un pueblo de las periferias del mundo. Esto es importante: desde nuestro onanismo occidental, a veces nos creemos que somos el centro del mundo, y que todos los otros lugares están “más allá”. Pero resulta que Dios elige ese “más allá”, y hoy lo sigue eligiendo: más allá de nuestros “centros”, de nuestros “grupos”, de nuestros “catarismos”. **Dios camina por las afueras de la vida.**

En primer lugar, para comenzar la contemplación, **ponerme en la presencia del Señor**. Ser consciente de quién es Él, ofrecerme, dejar de darle vueltas a lo que traigo conmigo y ponerlo a sus pies.

En segundo lugar, traer a la memoria la historia de la Anunciación. Podemos leer también el himno de *Phil 2,6-11* (*consejo: NO leer la versión de la Biblia de la Conferencia Episcopal, porque es una traducción desastrosa, realmente horripilante*). Mirar cómo **la Trinidad mira al mundo**, cómo ve lo que pasa hoy, lo que está pasando ahora mismo en el mundo, y cómo dice: «**hagamos redención**». La historia de la Encarnación comienza con la misericordia de Dios.

Composición viendo el **lugar**. Ver el lugar en el que se desarrolla la escena, ver la casa de María en Nazaret. No vamos a ganar el “Oscar a la mejor escenografía”, pero sí podemos sintonizar con la escena a contemplar. Hasta que no conoces el lugar, no puedes desarrollar la historia. Además, tendemos a distraernos con facilidad. La composición de lugar nos ayuda a volver a la oración cuando nos distraemos: volver a la casa de María en Nazaret cada vez que nos pongamos a pensar en las musarañas, o se nos vaya el santo al cielo.

Preámbulo: pedir conocimiento interno de Cristo, que por mí se hace hombre, para que más le ame y más le siga.

Mirar las personas, **ver** lo que hacen, **oír** lo que dicen.

- Lo que está haciendo María. Después del Señor, nadie ha hecho más por la salvación del mundo.
- Escuchar el diálogo entre María y el ángel. Son palabras para María, para toda la Iglesia, para toda la humanidad.
- Escuchar las palabras del Avemaría.
- María se turbó. No comprendía.
- El ángel le da confianza. María sigue sin comprender.
- María es modelo de obediencia, pero se hace preguntas, no es obediencia ciega. Ahora bien: pregunta el **cómo**, pero **no** el **porqué**. Hace la pregunta correcta.
- Mirar los gestos del ángel y María.

Acabar con un **coloquio** con la Virgen. ¿Cómo puede mi obediencia ser como la tuya?

La Visitación

Para la segunda contemplación nos vamos a ir de viaje. Traemos a la **memoria** la historia verdadera: María visita la casa de Zacarías e Isabel, en Ain-Karim, para servir a su prima, y para compartir la Buena Noticia de la salvación no solo con ella, sino con toda la humanidad.

Composición viendo el **lugar**, el camino de Nazaret a Ain-Karim. La casa de Zacarías e Isabel.

Preámbulo: pedir conocimiento de Cristo, que por mí se hace hombre y alegra a los humildes con los que se encuentra, para que más le ame y le siga. Y pedir también el espíritu misionero de María, que se pone en camino.

Ver las personas, escuchar lo que dicen, mirar lo que hacen.

- La acción de Dios hace **misionera** a María. María se hace misionera, después de pasar Dios por su vida. Una de las reglas de discernimiento es si, después del encuentro con Dios, me pongo en camino. Lo que me ha pasado viene de Dios si me dinamiza, es decir, si me hace salir de mí mismo. Como María en la Visitación. Si después de encontrarme con Dios me quedo encerrado en mi grupito, en mi estufita, en mi familia, “me lo quedo para mí y los míos”, entonces no me he encontrado con Dios, sino conmigo mismo/misma.
- **Camino** incómodo. Se pone en camino en unas condiciones que no son las mejores. Pero le da igual. *Principio y Fundamento*.
- **Saludo** de María a Isabel, que la llena de alegría. Escuchar las palabras de Isabel. Hacerlas mías. *¿De dónde a mí que me visite la madre de mi Señor? Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas... Dichosa tú que has creído*. Es una bienaventuranza escondida. Dichosos nosotros si creemos lo que nos dice Dios, si escuchamos.
- **Respuesta:** el *Magnificat*. Rezarlo frase a frase, degustándolo. María apunta a Dios. María deja pasar la grandeza de Dios como un cristal, deja pasar todo. El peligro nuestro es buscar nuestra gloria, y no la gloria del Señor. Creer que lo merecemos todo (lo bueno, claro: cuando llega lo malo, nos preguntamos *por qué, con lo buenísimo o buenísima que yo soy...*). El Señor nos despide vacíos en nuestras riquezas, nos derriba de nuestros tronos de poder, y colma de bienes nuestras pobrezas. El *Magnificat* se cumple en mi vida. Es

doloroso, pero Dios nos hace un bien: ensalzar nuestra humildad, colmar de bienes nuestra pobreza, pero ¡atención!, también lo contrario.

La gloria debe ser del Señor. Pidamos al Señor que la Iglesia trabajemos para la gloria de Dios, y no para la nuestra; para el servicio a los últimos, y no a nosotros mismos: nuestra diócesis, mi parroquia concreta, el Movimiento, yo mismo en mi vida, la Iglesia universal...